

II

Althotas

El viajero se halló entonces enfrente de un viejo de ojos grises, nariz encorvada, manos temblonas, pero activas, que, hundido en un gran sillón, hojeaba con la mano derecha un grueso manuscrito en pergamino, intitulado la *Chiave del Gabineto*, y en la otra tenía una espumadera de plata.

Esta actitud, esta ocupación, este conjunto de facciones inmóviles, y de las que sólo los ojos y la boca parecían vivir, este todo, en fin, que sin duda parecerá extraño al lector, era ciertamente bien familiar al extranjero, pues ni siquiera echó una mirada á su alrededor, aunque bien merecía la pena de hacerlo el mueblaje de esta parte del coche.

Tres murallas (el viejo llamaba así, debemos recordarlo, á las paredes del carruaje), tres murallas llenas de cajas atestadas de libros, cercaban el sillón, asiento ordinario y sin rival de este raro personaje, en cuyo obsequio se habían fijado, por cima de los libros, unos vasares en que podían colocarse buen número de retortas, barriles y botellitas, encajadas todas en estuches de madera como se hace con la vajilla y vasos de los buques; á cada cual de estos estuches ó cajas podía el viejo, que al parecer acostumbraba servirse de todo por sí solo, acercarse haciendo rodar su sillón, que podía hacer subir ó bajar por medio de una

máquina, que manejaba él mismo, y que estaba unida á los lados del sillón.

La cámara, llamando así á este departamento, tenía ocho pies de largo, seis de ancho y otro tanto de alto. Enfrente de la puerta entre las redomas y los alambiques y más cerca del tintero, que estaba libre para entrar y salir, se veía un pequeño hornillo con su guardapolvo, su fuelle de forjar y sus parrillas, empleado entonces en soldar un crisol y hacer hervir una mixtura que dejaba escapar por el tubo, que hemos dicho salía por el imperial, aquel misterioso humo, motivo incesante de asombro y de curiosidad para los pasajeros de todo país, de toda edad y de todo sexo.

Á más de las retortas, las botellas, los libros y los cartones tirados por el suelo en pintoresco desorden, veíanse tenacillas de cobre, carbones bañados en diferentes preparaciones, un gran vaso medio lleno de agua, y, colgando del techo por medio de hilos, manojos de hierbas, cogidas unas al parecer el día antes, y otras cien años atrás.

Este interior exhalaba un olor penetrante que en un laboratorio menos grotesco se hubiera llamado perfume.

En el momento en que entraba el viajero, rodando el viejo su sillón con una presteza y agilidad maravillosas, le acercó al hornillo y se puso á espumar su mixtura con una atención [que parecía respeto; mas, distraído por la aparición que se ofrecía á sus ojos, se encasquetó con la mano derecha el gorro de terciopelo, en otro tiempo negro, que empaquetaba su cabeza hasta por bajo de las orejas, y del que se escapaban algunos pocos mechones de cabellos brillantes como hilos de plata, sacando de debajo de la rueda de su sillón, con una destreza notable, la falda de su

largo vestido de seda acolehada que diez años de uso habían transformado en un andrajo sin color, sin forma y sobre todo sin continuidad.

El viejo parecía estar de muy mal humor, y murmuraba al propio tiempo que espumaba su mixtura y levantaba su ropa:

— Tiene miedo el maldito animal, y ¿y de qué? pregunto; ha sacudido mi puerta, quebrantado mi horno, y derramado en el fuego la cuarta parte de mi elixir. Acharat, en nombre de Dios, abandonad esa bestia en el primer desierto que atravesemos.

El viajero se sonrió.

— En primer lugar, maestro, no pasaremos ya desiertos, porque estamos en Francia, y además tampoco puedo resolverme á abandonar así un caballo de mil luises, ó mejor dicho, que no tiene precio por ser de la raza de Al-Borach.

— ¡Mil luises, mil luises! yo os daré cuando queráis los mil luises ó su equivalente. Vuestro caballo me cuesta á mí más de un millón, sin contar los días de existencia que me arrebatara.

— ¿Pues qué ha hecho, veamos, este pobre Djerid?

— ¡Qué ha hecho! ha hecho, que con algunos minutos más el elixir hervía sin que se escapase una sola gota, lo que no indican ni Zoroastro ni Paracelso, pero que recomienda positivamente Borri.

— ¡Y bien! amado maestro, algunos segundos más y el elixir hervirá.

— ¡Ah! hervir ¿veis? esto es una maldición, Acharat: mi fuego se apaga y no sé lo que cae por la chimenea.

— Pues yo sí, yo sé lo que cae, dijo el discípulo riendo, es agua.

— ¡Cómo agua! ¡agua! ya está perdido mi elixir, ó es menester volver á empezar la operación, ¡cómo si

yo tuviese tiempo que perder! ¡Dios mío! Dios mío! gritó el viejo sabio alzando las manos al cielo con desesperación. ¡Agua! ¿Pero qué clase de agua, Acharat?

— Agua pura del cielo, maestro: llueve á cántaros, ¿no lo habéis notado?

— ¡Noto yo algo cuando estoy ocupado? ¡Agua!... esto es, Acharat, lo veis, esto desespera, por vida mía. Seis meses hace, ¡cómo seis meses! un año, que os pido una cubierta para mi chimenea, y vos no pensáis en tal cosa... vos, que sólo esto tenéis que hacer, que sois joven, y gracias á vuestra negligencia sucede que hoy la lluvia y mañana el viento confunden todos mis cálculos y destruyen todas mis operaciones. ¡Y por Júpiter, que es preciso que me aprésure! Bien lo sabéis, mi día llega, y si no estoy dispuesto para aquel día, si no he vuelto á encontrar el elixir vital, adiós, sabio Althotas! Mi centésimo año comienza el 15 de julio á las once en punto de la noche, y de aquí á entonces es preciso que mi elixir haya llegado á toda su perfección.

— Pero, querido maestro, dijo Acharat, creo que esto se prepara á pedir de boca.

— Sin duda, ya he practicado ensayos por absorción, mi brazo izquierdo que estaba casi paralizado, ha recobrado toda su elasticidad; además, ahorro el tiempo que gastaba en comer, pues no tengo necesidad de comer más que cada dos ó tres días, bastando para sostenerme en el intervalo una cucharada de mi elixir á pesar de no ser perfecto. ¡Oh! ¡cuando pienso que no necesito más que una planta, una hoja de esta planta, para que mi elixir sea completo; que hemos pasado quizá cien veces, quinientas, mil, al lado de esta planta, que nuestros caballos la han pisado quizás, y quizás la hemos hollado con las ruedas de

nuestro coche, esta planta de que habla Plinio y que los sabios no han vuelto á encontrar ó no han reconocido, pues nada se pierde! Es preciso, Acharat, es preciso que en uno de sus éxtasis preguntéis á Lorenza cómo se llama.

— Bien, maestro, tranquilizaos, yo lo preguntaré.

— Y entretanto, dijo el sabio con un profundo suspiro, se ha perdido otra vez mi elixir, siendo preciso, bien lo sabéis, tres veces quince días, para llegar á donde estaba hoy. Cuidado, Acharat, tened presente que perderéis al menos tanto como yo el día que llegue á perder la vida... Pero, ¿qué ruido es este? ¿Marcha el carruaje?

— No, maestro, es el rayo.

— ¿El rayo?

— Sí, que en poco ha estado nos matase á todos hace un instante y á mí principalmente: verdad es que mi vestido era de seda, y esto me ha resguardado.

— ¡ Bueno! dijo el viejo, dándose un golpe sobre la rodilla que resonó como un hueso seco, ve aquí, Acharat, á lo que me exponen vuestras niñerías, á morir de un rayo, á ser quemado neciamente por una llama eléctrica, que haría yo bajar á mi hornillo, si tuviese tiempo, para hacer hervir mi marmita; no hasta haberse expuesto á todos los accidentes que se siguen de la torpeza ó malignidad de los hombres, sino que es menester exponerlos también á los que vienen del cielo, que son los más fáciles de prevenir.

— Perdonadme, maestro, pero aun no me habéis explicado.....

— ¡ Cómo! ¿ no os he explicado mi sistema de las puntas, mi cometa conductor? Cuando tenga mi elixir os lo volveré á explicar; pero ahora, bien veis que no tengo tiempo.

— ¿Según eso, creéis que pueda dominarse el rayo?

— No sólo puede dominarse sino conducirlo donde se quiera. Un día, un día, cuando haya pasado mi segunda cincuentena, y no tenga que hacer sino esperar tranquilamente la tercera, pondré al rayo una brida de acero y le conduciré tan fácilmente como vos á Djerid. Entretanto, Acharat, haced poner una cubierta á mi chimenea; yo os lo suplico.

— Así lo haré, tranquilizaos.

— ¡ Lo haré!... ¡ lo haré!... siempre el porvenir, como si el porvenir fuese para los dos. ¡ Oh! para mí no será jamás, gritó el sabio agitándose en su sillón y torciéndose los brazos con desesperación. ¡ Estad tranquilo!... estad tranquilo, me dice, cuando todo se habrá concluido para mí, si dentro de tres meses no tengo preparado mi elixir. Pero así que yo pase mi segunda cincuentena, así que recobre mi juventud, la elasticidad de mis miembros, que pueda moverme y que no necesite de nadie, entonces no se me dirá más: « yo haré, » seré yo el que diga: « ¡ He hecho! »

— ¿ Podéis decir esto á propósito de vuestra grande obra, habéis pensado en ello?

— ¡ Oh, Dios mío! sí; y si estuviera tan seguro de encontrar mi elixir como lo estoy de hacer el diamante.....

— ¿ Estáis realmente seguro?

— Sin duda, puesto que ya los he hecho.

— ¿ Vos los habéis hecho?

— Tomad, ó más bien, vedlo ahí.

— ¿ Dónde?

— Ahí, á vuestra derecha, en ese pequeño recipiente de vidrio: ese justamente.

El viajero cogió con avidez el recipiente indicado; era una pequeña copa de cristal sumamente fino, cuyo

fondo estaba todo cubierto de un polvo casi impalpable y adherido á las paredes del vaso.

— ¡ Polvo de diamante ! gritó el joven.

— Sin duda, polvo de diamante; y mirad bien en medio.

— Sí, sí, un brillante del tamaño de un grano de mijo.

— El tamaño nada significa; reuniendo todo este polvo, llegaremos á hacer un cañamón de un grano de mijo, de un cañamón un guisante; mas por Dios, mi amado Acharat, en cambio de esta promesa que os hago, haced que pongan una cubierta á mi chimenea, y un conductor al carruaje, á fin de que no caiga el agua en la chimenea, y que vaya la tempestad á divertirse á otra parte.

— Sí, sí, tranquilizaos.

— Todavía, todavía; con su eterna palabra tranquilizaos me mata. ¡ Juventud, loca juventud ! ¡ presuntuosa juventud ! decía con una risa fúnebre que dejaba ver su boca sin dientes y que parecía cruzar también por las órbitas profundas de sus ojos.

— Maestro, dijo Acharat, vuestro fuego se apaga y vuestro crisol se enfría : ¿ qué tenéis en el crisol ?

— Miralo.

Obedeció el joven, abrió el crisol y encontró un pedazo de carbón cristalizado de tamaño de una avellana.

— ¡ Un diamante ! exclamó casi al momento. Sí, pero manchado, incompleto, sin valor.

— Porque el fuego se ha apagado, Acharat, porque no tenía quien alimentase el fuego de mi chimenea, ¿ entendéis ?

— Veamos, perdonadme, maestro, dijo el joven volviendo y revolviendo el diamante, que unas veces arrojaba vivos reflejos de luz, y otras era oscuro; perdonadme y tomad algo para alimentaros.

— Es inútil : hace dos horas que he tomado mi cucharada de elixir.

— Os engaños, maestro; esta mañana á las seis es cuando la habéis tomado.

— Bien, ¿ y qué hora es ?

— Las ocho y media de la noche.

— ¡ Jesús ! exclamó el viejo sabio juntando las manos : otro día más pasado, perdido; pero los días disminuyen, no pueden tener veinticuatro horas !

— Si no queréis comer, dormid, maestro, algunas horas al menos.

— Bien, sí, dormiré dos horas; pero dentro de dos horas, mirad vuestro reloj, venid á despertarme.

— Os lo prometo.

— Acharat, cuando me duermo, dijo el viejo con un tono cariñoso, tengo miedo siempre de que sea para una eternidad. Vendréis á despertarme, ¿ no es verdad ? No me lo prometáis; jurádmelo.

— Maestro, lo juro.

— ¿ Dentro de dos horas ?

— Dentro de dos horas.

En este punto se oyó en el camino un ruido parecido al galope de un caballo. Á este murmullo siguió un grito que expresaba inquietud y admiración.

— ¿ Qué significa esto ? exclamó el viajero abriendo con viveza la puerta y saltando al camino real sin tocar el estribo.

He aquí lo que sucedía en el exterior, mientras que en el interior hablaban el viajero y el sabio.

Ya hemos referido que la mujer del cabriolé se había desmayado al caer el rayo que espantó á los caballos delanteros y que hizo encabritarse á los del tronco.

Estuvo algunos instantes privada de sentido, pero

como únicamente el miedo había sido la causa de su letargo, poco á poco volvió en sí.

— Dios mío, dijo, estoy abandonada aquí, sin socorro, sin que ninguna criatura humana se compadezca de mí.

— Señora, aquí estoy yo, dijo una voz tímida, si puedo servirlos de algo.

La joven se volvió al percibir junto á su oído aquella voz, y asomando la cabeza y parte de sus brazos por entre las cortinillas de cuero del cabriolé, se encontró en frente de un joven que estaba de pie sobre el estribo.

— ¿ Sois vos el que me ha hablado ? dijo ella.

— Sí, señora, respondió el joven.

— ¿ Y me ofrecíais socorro ?

— Sí.

— ¿ Qué ha sucedido ?

— Señora, el rayo ha caído casi sobre vos y ha roto los tiros de los caballos delanteros que se han salvado con el postillón.

La mujer miró al rededor con una expresión de viva inquietud.

— Y... el que guiaba los caballos del tronco ¿ dónde está ? preguntó.

— Ha entrado en el carruaje, señora.

— ¿ No le ha sucedido nada ?

— Nada.

— ¿ Estáis seguro ?

— Ha saltado al menos de su caballo, bueno y sano.

— ¡ Bendito sea Dios !

Y la joven respiró con mayor libertad.

— ¿ Pero dónde estabais vos, caballero, que tan á punto habéis estado para socorrerme ?

— Señora, sorprendido por la tempestad, estaba en esa sombría hondonada que es la entrada de unas

canteras, cuando de repente he visto venir disparado un carruaje al escape. He creído que los caballos se habían desbocado, pero al instante ví que por el contrario estaban guiados por una mano fuerte, cuando de repente estalló el rayo con terrible estruendo, y al principio me creí herido, porque estuve anonadado un momento. Todo lo que acabo de contaros lo he visto como un sueño.

— Entonces no estaréis seguro de que vaya detrás en el carruaje el que conducía los caballos.

— ¡ Oh ! sí, señora ; había vuelto en mí y lo ví entrar perfectamente.

— Ved si está, os lo ruego.

— ¿ Cómo ?

— Escuchando : si está en el interior del carruaje oiréis dos voces.

El joven saltó del estribo, se acercó al exterior de la caja y escuchó.

— Sí, señora, dijo volviendo, está.

La joven hizo una señal con la cabeza que quería decir : está bien, pero permaneció con la mejilla apoyada en su mano y como embebida en una distracción profunda.

Durante esto el mancebo tuvo tiempo de examinarla.

Era una joven de veintitres á veinticuatro años, morena, pero de ese moreno mate más bello y más rico que la más rosada tinta y el más bello encarnado. Sus hermosos ojos azules, elevados al cielo, al que parecía que interrogaba, brillaban como dos estrellas, y sus cabellos negros, que no tenían polvos á pesar de la moda de aquel tiempo, caían en bucles de azabache sobre su cuello matizado como el ópalo.

De repente pareció que había tomado una resolución.

— ¿ Caballero, dijo, dónde estamos ?

— En el camino de Estrasburgo á París, señora.

- ¿Y en qué punto del camino ?
 — A dos leguas de Pierrefitte.
 — ¿Y qué es Pierrefitte ?
 — Una aldea.
 — ¿Y después de Pierrefitte qué encontraremos ?
 — Bar-le-Duc.
 — ¿Es una ciudad ?
 — Sí, señora.
 — ¿Populosa ?
 — Creo que de cuatro á cinco mil almas.
 — ¿Hay por aquí algún otro camino que vaya más directamente á Pierrefitte ?
 — No, señora ; ó al menos yo no lo conozco.
 — ¡ Peccato ! murmuró muy bajo arrojándose en el fondo del cabriolé.
 El joven esperó un instante para ver si la dama le preguntaba aún ; pero viendo que estaba silenciosa dió algunos pasos para alejarse.
 — Caballero, dijo ella.
 El joven se volvió.
 — Aquí estoy, señora, contestó acercándose.
 — Si queréis, oid otra pregunta...
 — Hacedla.
 — ¿Había un caballo atado á la trasera del carruaje ?
 — Sí, señora.
 — ¿Está todavía ?
 — No, señora ; el caballero que entró en el interior de la silla de postas lo ha desatado para atarlo á la rueda.
 — ¿No le ha sucedido nada al animal ?
 — Creo que no.
 — Es un caballo que yo quiero mucho, y por mí misma quisiera cerciorarme de que está sano y salvo ; ¿pero cómo he de ir hasta donde se halla ?
 — Le puedo traer aquí, dijo el joven.

— ¡ Ah ! sí, exclamó la dama, hacedlo, os lo suplico, y siempre os estaré agradecida.

El mancebo se acercó al caballo, que levantó la cabeza y relinchó.

— No temáis nada, dijo la dama del cabriolé ; es manso como un cordero.

Después bajando la voz :

— ¡ Djerid ! ¡ Djerid ! murmuró.

El animal conoció sin duda esta voz, por ser la de su señora, pues alargó su cabeza inteligente y sus narices humeantes hacia el cabriolé.

Durante este tiempo el joven lo desató.

Pero apenas conoció que su brida estaba en manos inhábiles, dió una violenta sacudida y escapó ; de un salto estaba ya á veinte pasos del carruaje.

— ¡ Djerid ! repitió la mujer con voz más cariñosa. Aquí, Djerid, aquí.

El caballo árabe sacudió su cabeza, aspiró el viento con ruido, y pifando como si tuviese que marchar á compás, se acercó al cabriolé.

La dama sacó la mitad del cuerpo por entre las cortinas de cuero.

— ¡ Aquí, Djerid ! ven aquí, dijo.

Y el animal, obedeciendo, vino á presentar su cabeza á la mano que le halagaba.

Entonces, asiendo la erin con esta mano que se había deslizado por el cuello, y apoyándose con la otra en el tablero del cabriolé, saltó la joven en la silla con la ligereza de esas fantasmas de las baladas alemanas que se mecen en la grupa de los caballos y se asen á la cintura de los viajeros.

El joven se lanzó hacia la mujer, pero con un gesto imperioso ella lo detuvo.

— Escuchad, le dijo, aunque joven, ó más bien porque sois joven, debéis tener sentimientos de huma-

nidad. No os opongáis á mi partida. Huyo de un hombre á quien amo, pero ante todo soy romana y buena católica. Este hombre perdería mi alma si yo estuviese mucho tiempo con él; es un ateo, un nigromántico, á quien Dios acaba de advertir por medio del rayo. ¡Ojalá que se aproveche del aviso! Repetidle lo que os he dicho, y bendecido seáis por el socorro que me habéis dado.

— Adiós.

Después de esta palabra, ligera como los vapores que flotan sobre los pantanos, se separó y desapareció en el aéreo galope de Djerid.

El joven, viéndola huir, no pudo ahogar un grito de sorpresa y de admiración.

Este grito, que resonó en el interior del carruaje, despertó á los viajeros.

III

Gilberto

Un grito, como hemos dicho, despertó al viajero, quien salió precipitadamente de la caja, la cerró con cuidado, y echó con inquietud la vista en torno suyo.

Lo primero que percibió fué al joven en pie y des-pavorido. Un relámpago que brilló al mismo tiempo, le permitió examinarle de pies á cabeza, examen á que parecía habituado el viajero, con todo personaje nuevo ó con cualquiera cosa nueva que veía por primera vez.

Era un joven de diez y seis á diez y siete años apenas, pequeño, delgado y nervioso; sus ojos negros que fijaba atrevido en el objeto que llamaba su atención, carecían de dulzura pero no de encanto; su nariz, delgada y corva, sus finos labios y sus juanetes salientes, anunciaban la astucia y la circunspección, al paso que en la vigorosa prominencia de su barba redonda se revelaba la resolución.

— ¿Sois quien acaba de gritar? le preguntó.

— Sí, señor, respondió el joven.

— ¿Y por qué habéis gritado?

— Porque;... el joven se detuvo irresoluto.

— ¿Por qué? insistió el viajero.

— Señor, dijo el joven, ¿había una señora en el cabriolé?

— Sí.